

LA PAZ:
DESAFIO PRIMORDIAL
DE LA ACCION POLITICA

(Reflexiones sobre lo que debe ser el Centro Reformista)

Intervención del
Señor Presidente de la República de Colombia
Doctor Andrés Pastrana Arango
En la “I Conferencia Internacional de Líderes
Demócrata-Cristianos, Populares y de Centro”

Santiago de Chile, octubre del 2000

Quiero leerles antes de comenzar mi intervención, una carta que me parece ejemplarizante:

Queridos Papi y Mami:

Me apena mucho la demora en escribirles nuevamente, pero resulta que mi papel de cartas se perdió la noche del incendio del dormitorio ocasionado por la huelga estudiantil y la asonada subsiguiente. Yo ya estoy fuera de peligro y ya salí del hospital y me informa el médico que recuperaré la vista en pocos días más. Lo sabremos cuando me quiten las vendas de la cara.

El muchacho que me salvó del incendio, Juan, muy amablemente me ofreció que me quedara en su apartamento con él hasta que construyeran los dormitorios. El viene de una familia buena y por eso espero no se sorprendan si les participo de nuestro próximo matrimonio. De hecho, ustedes siempre han querido un nieto y por lo tanto me da mucha alegría anunciarles que el nieto vendrá en cosa de un mes más o menos.

Por favor, no le paren bolas a la anterior práctica de composición y gramática castellana. No ha habido tal

incendio, no he estado en ningún hospital, no estoy embarazada, ni siquiera tengo novio.

Lo que pasó fue que me rajaron en Matemáticas, lo mismo que en Química, en Francés y en Física, y simplemente quería que recibieran esta noticia dentro de la perspectiva adecuada.

Todo mi amor.

María.

Me he permitido comenzar con la lectura de esta carta porque cada vez que hablo acerca de la paz me voy encontrando con gente que siempre se ubica en los peores escenarios para reflexionar sobre las realidades que vive Colombia, que son graves, es cierto, pero nunca tanto como imaginan las “malquerencias” de algunos o el “malconomiento” de otros. Esto siempre es así y aún cuando sé sobre cuál realidad estamos trabajando los colombianos, no aceptaré nunca la caricatura degradada de quienes no habituados a la esperanza, quieren negarnos a nosotros la posibilidad de construir la propia, no estamos viviendo una guerra civil sino una guerra contra la sociedad civil.

* * *

Encuentro muy adecuado que en las reflexiones sobre lo que debe ser el ***Centro Reformista*** se me haya escogido para tratar ante ustedes el tema de la paz porque construir la paz ha sido, desde mis primeros años en la política, el desafío primordial, el hilo conductor de mi actividad, la razón de ser de mi trabajo y el punto nodal de una propuesta que he hecho al país a lo largo de mi carrera política y que siempre ha estado respaldada con los mejores resultados electorales de nuestra reciente historia política.

Acepté la invitación porque en el ámbito del ***Centro Reformista*** encuentro no sólo el cauce de ideas y de principios que sustentan la paz en la sociedad, sino la finalidad expresa de que la acción política consiste en hacer al hombre cada vez más humano.

Revisando libros y curioseando entre documentos me he encontrado con la certeza de que “la paz lo es todo”. Me he encontrado que cuando se reflexiona seriamente sobre la política, la administración pública, el desarrollo comunitario, la gestión de la sociedad civil, siempre se

concluye que todos ellos orientan sus esfuerzos al establecimiento de la paz, a la reformulación de la paz, a la profundización de la paz, dando con ello a entender aquel viejo principio de que la política empieza cuando se anhela la paz y llega a su mayor nivel cuando se la conquista.

Yo participo plenamente de la idea que entre todos los derechos, hay dos que no son discutibles en ninguna de sus facetas: el derecho a la vida y el derecho a la paz. Y bien sé que en el **Centro Reformista** existe una opción principalista por ellos dos.

El derecho a la vida no puede separarse nunca del derecho a la paz.

El derecho a la vida nos señala la vigencia irrefutable del mandamiento de “no matar”. No hay ninguna razón que justifique la más mínima violación contra la vida. Una sociedad democrática para nosotros es una sociedad que permanentemente opta por la vida.

Es por ello que en los prolegómenos de la paz para el **Centro Reformista** existe el imperativo de que, partiendo de la certeza de la dignidad humana, hay que

construir en todos los campos ***una auténtica cultura de la vida.***

En ésto no es posible irse por las ramas; la cultura de la vida implica el rechazo a toda forma de violencia sin excepción alguna.

Yo sé que a algunos les cuesta trabajo entender esta vinculación de la cultura de la vida con el rechazo de la violencia, pero quiero insistir en ello porque la violencia tiene múltiples rostros que es preciso desenmascarar si se quiere vivir en paz. Existe la violencia del hambre, la violencia de la exclusión, la violencia de la pobreza, la violencia del maltrato al medio ambiente, la violencia de la difusión de las drogas, la violencia del tráfico de armas, la violencia de los conflictos armados.

Todos estos rostros básicos de la violencia se oponen a la vida y se oponen a la paz.

Cuando inauguré mi mandato como Presidente de Colombia hablé claramente de mi compromiso con la vida y con la paz. Expresé claramente que la paz es la que nos asegura que todo lo demás sea posible realizarlo. Dije claramente que la opción de la paz no podrá ser un simple

movimiento táctico del político sino la manifestación expresa de una convicción política.

Quienes hemos vivido, como pueblos y comunidades, el impacto de la violencia, quienes en carne propia hemos experimentado la cercanía de la muerte, el peso infamante del secuestro, la dolorosa pérdida de la libertad y aún de las señas de identidad que dicen a todos de nuestra dignidad, no podemos hacer teorías con la paz ni podemos aceptar que la paz tan sólo una teoría.

Hay gente que se compromete con la paz en las palabras y en las declaraciones, pero el compromiso con la paz no conoce otro camino cierto que el de los **gestos** y el de los **hechos** de paz.

El **Centro Reformista** debe tener clara la convicción que la paz nunca ha fracasado y que en cambio siempre la violencia ha fracasado. La violencia ha fracasado como recurso político porque la violencia destruye y se lleva por la calle de en medio la moral de los pueblos y las bases que sostienen una sociedad. La violencia sólo deja muertes y lágrimas y sobre ellas no puede construirse nada duradero.

En nuestra tradición hispana se dice popularmente que “obras son amores y no buenas razones”. Yo creo que ésto es cierto, que hay que tener el coraje de hacer gestos de paz, de tomar iniciativas, de arriesgarse por la paz, de ir si es necesario hasta el fin del mundo y hasta el campamento de los rebeldes para apostarle a la paz.

La paz no es un entretenimiento costoso de la política, es la razón misma de la política.

Yo estoy convencido que quien opta por la paz está optando por la vida.

Me duele tanto mirar la infancia de tantos niños, la juventud de tantos muchachos y la madurez de tantas mujeres y hombres que no han tenido el privilegio de vivir un sólo día cobijados por la certeza de la paz. Quien quiera realmente construir una nueva sociedad tiene que comprometerse a construir la paz. No es posible que el ser humano sirva tan sólo para morir.

Cómo aceptar por ejemplo que los niños estén “en armas”; cómo aceptar que la vida nueva se entrene para matar; cómo aceptar que su capacidad de jugar, correr y alegrarse termine mutilándolos en los campos minados y

sobre todo cómo aceptar que se deje en ellos sembrado el sentido de la destrucción y el sentido de la muerte.

El ***Centro Reformista*** en su ideario debe determinar opciones expresas por la vida y por la paz, prohibiciones radicales como el uso de la violencia y la corrupción de los niños cuando se les hace instrumentos del matar comprometiéndolos con la muerte.

El derecho a la vida, el derecho a la paz, son en realidad los principios fundantes de una verdadera política.

La Paz, los Derechos Humanos **y el Centro Reformista**

Para nosotros en nuestro pensamiento político el derecho a la vida y el derecho a la paz, la cultura de la vida y la cultura de la paz conducen a una cultura de los derechos humanos que se constituyen en la expresión más auténtica de la cultura de la vida y de la cultura de la paz. Los derechos humanos lo son en su integralidad y es esa relación de la unicidad la que exige respetarlos absolutamente todos.

Una agrupación política cualquiera que ella sea, un gobierno cualquiera que él sea, una sociedad llámese como se llame, no tendrá garantizado su futuro si no ha construido previamente la certeza del respeto a los derechos humanos de sus asociados partiendo del más pequeño de ellos. Una cultura de los derechos humanos vinculada a la cultura de la vida y a la cultura de la paz, delinea con precisión el sitio donde el Estado coincide con todos los demás actores individuales o comunitarios que se preocupan por la paz.

Los derechos humanos son el punto de encuentro de la cooperación internacional, de aquella cooperación que comprende que es preciso ayudar a construir y que además es preciso realizar esfuerzos para habilitar, en la acción coordinada, a los distintos actores que hacen de los derechos humanos su punto de compromiso. Lógicamente me refiero aquí a aquellos países, a aquellas organizaciones no gubernamentales y a aquellos grupos de sociedad civil internacional que quieren sinceramente cooperar en el crecimiento de la calidad de vida a través del crecimiento de los derechos humanos y no a aquellos otros que tratan de proteger afuera lo que están irrespetando adentro o que toleran en unos lo que critican

en otros o que ofrecen gustosos protección permanente a quienes asesinan y secuestran.

Las Siete Libertades

Esta convergencia de la cultura de la vida, de la cultura de la paz y de la cultura de los derechos humanos es la que nos permite crearle el ambiente al cumplimiento de las siete libertades que constituyen los indicadores más importantes de la conquista del humanismo.

Estas tres culturas que distinguen al **Centro Reformista** promueven, por ejemplo, el que la gente se sienta libre de la discriminación de cualquier tipo; libre del temor, de la tortura, de la detención arbitraria y del secuestro; libre de pensar y de expresarse; libre de la miseria y capaz de sentir la alegría de vivir; libre para trabajar en la construcción del mundo; libre de las injusticias y de las violaciones del Estado de Derecho y libre de tener un trabajo que lo dignifique.

No puede existir un pensamiento de paz sin una realidad de derechos humanos que vaya encontrando caminos para su cumplimiento. Es por eso que el **Centro Reformista** se opone no a las guerras, conflictos,

genocidios, limpiezas étnicas y xenofobias, porque todas ellas conducen a un debilitamiento del tejido social y configuran esa violencia brutal y sistemática que de una manera tan evidente ha tenido lugar en el siglo XX.

De hecho para nosotros **la primera *globalización real* es la de los derechos humanos**, que nos permite y nos permitirá tomar cuentas en cualquier lugar del mundo a quienes hayan maltratado la dignidad y la vida de seres humanos porque “quien viola los derechos humanos ofende la conciencia humana y ofende a la humanidad misma”. Los crímenes contra la humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación porque la conciencia de los pueblos como la conciencia de los seres humanos carece de fronteras cuando se piensa en los derechos humanos.

La Paz Crece en la Solidaridad

La caída del muro de Berlín dió fin al modelo de relación entre los pueblos denominado “**coexistencia pacífica**” y que centraba todo su actuar en el desarrollo de la “sociabilidad” ese valor negativo que nos conduce a coexistir junto a los otros sin hacerles el bien o el mal. La paz nos exige hoy día sustituir la coexistencia pacífica por

la “**convivencia**” que debe estar animada por el valor activo y dinámico de la “**solidaridad**” que es ese valor que demanda de nosotros no sólo no hacer el mal a nadie sino la obligatoriedad siempre y en todo momento de hacer el bien a los demás. Y ésto tiene no sólo valor entre las personas sino un enorme valor entre los pueblos porque se está señalando con ello el final del “cainismo social”, donde Caín siempre responde: ¿”Acaso soy yo el guarda de mi hermano”?

Para el ***Centro Reformista*** la cultura de la vida, la cultura de la paz, la cultura de los derechos humanos y la cultura de la solidaridad son los cuatro puntos cardinales para ser constructores de una nueva sociedad y de un nuevo mundo.

La paz viene acompañada siempre –si es verdadera– de verdad, justicia y solidaridad. Lo ha dicho ya Juan Pablo II, que el derecho a la paz y el derecho a un desarrollo integral son dos derechos indivisibles e inseparables.

La Paz, el Desarrollo y la Convivencia

“Sin pan no hay paz” fue una convicción que expresé en el inicio mismo de mi gobierno y ésta es una convicción no sólo para Colombia sino para todos los países del mundo aún para aquellos que reciben hoy en forma de “migración” el peso de la pobreza que se extiende.

Ha sido doloroso observar cómo los bancos y las agencias internacionales y en general todas las instituciones destinadas a combatir la pobreza han tenido que constatar que los modelos de desarrollo no han sido capaces de abrir caminos ciertos a la superación de la pobreza.

Si queremos la paz el ***Centro Reformista*** deberá – como lo está haciendo- repensar y recrear opciones de desarrollo para que la real “riqueza de las naciones” esté conformada por el aporte de todos.

Es necesario encontrar soluciones para aquellos que están amenazados por las enfermedades, el hambre y la desnutrición, ya que nadie puede estar orgulloso de una modernización económica que presenta un terrible número de damnificados y de víctimas para los cuales no ha habido solución posible.

Bien se ha dicho que la paz es una gran estructura a cuya construcción deben concurrir todos. El trabajo por la paz es el trabajo por el desarrollo.

Yo quiero decir con toda claridad ante los partidos que conforman el **Centro Reformista** y ante todos los que se sienten responsables del nuevo mundo que nace, que la paz es posible; que la paz es real; que la paz es exigente.

Este desafío que hoy se expresa en nuestra reunión es un desafío también, para la sociedad civil, para las comunidades, para los individuos, para las familias, para los educadores, para hombres y mujeres y sobre todo para las nuevas generaciones que deben empezar a tomar las primeras decisiones en este mundo que les pertenece.

En la Línea de los Desafíos

Me ha impactado profundamente el planteamiento de Alain Finkelkraut que escribía en el ensayo sobre “La Humanidad Perdida”: “La idea de que todos los pueblos del mundo forman una humanidad única no es ciertamente cosustancial al género humano. Es más, lo que ha distinguido durante mucho tiempo a los hombres de las demás especies animales, es precisamente que **no se**

reconocían unos a otros. Un gato, para un gato, siempre ha sido un gato. Por el contrario un hombre tenía que cumplir unas condiciones draconianas para no ser borrado, sin apelación posible del mundo de los humanos”.

Es por ello que el **Centro Reformista** ha de partir – para que la paz sea posible- de la igualdad irrenunciable de los seres humanos.

Como bien se dice, es preciso tomar decisiones y apostarle con inteligencia al porvenir. Estoy convencido que estamos llegando al punto crítico en donde tenemos que tomar decisiones extraordinarias.

Permítanme ustedes hacer mía una gran anécdota de Ervin Laszlo, que plantea como ninguno las urgencias de la paz en la sociedad contemporánea;

“Los relucientes vagones del expreso nocturno corren por las vías, impulsados por su poderosa locomotora. Dentro de los confortables compartimientos la gente conversa, lee, juega a las cartas, dormita; una madre alimenta a su hijo; un grupo de jóvenes canturrea en voz baja mientras uno de ellos rasguea una guitarra. Más adelante, el

maquinista echa una ojeada a su reloj. Está en horario y piensa en la llegada a la próxima estación... y en cama caliente.

En lo profundo de la corteza terrestre, la presión está aumentando a lo largo de una falla. Las rocas rozan contra las rocas, resisten por ahora, pero son incapaces de evitar la aparición, aquí y allá, de pequeñas fisuras. Si las presiones alcanzan un umbral crítico, un temblor sacudirá la tierra y sus ondas de choque se sentirán en muchas millas a la redonda. Esas ondas serán más fuertes cerca de la línea de la falla. No lejos de ésta hay una garganta rocosa y sobre ella un puente por donde pasa el ferrocarril. Sus esbeltos pilares de acero y cemento están incrustados en la roca y son sólidos; mientras la roca misma sea sólida.

Los primeros temblores hacen rodar piedras pequeñas, desprendidas de la ladera, hasta las vías; el maquinista echa una mirada de reojo a las piedras y vuelve a fijar la mirada en las vías: allí todo parece estar en orden. Ahora la locomotora entra en la última curva antes del tramo que conduce al puente sobre la garganta. En el coche comedor los mozos retiran los platos de la cena; los pasajeros,

soñolientos, se restriegan los ojos y empiezan a preparar sus cosas. La próxima estación está cerca.

Debajo, la presión a lo largo de la falla aumenta rápidamente; el punto crítico no puede estar lejos. Bajo los altos pilares, el terreno tiembla y se desplaza imperceptiblemente. El tren entra en el terraplén que termina en el puente”.

Es hora de desviar la ruta, es el momento de la gran bifurcación, es el momento de la imaginación, de la creación, de las decisiones.

Las preguntas –entonces- son obvias: ¿Podrán quienes dirigen el tren advertir a tiempo las señales de peligro? ¿Podrán quienes manejan el tren detenerlo? ¿Podremos nosotros los pasajeros salir hacia un terreno firme y seguro? Yo creo que es preciso desviar, ahora, con decisión el tren de la sociedad hacia la paz. Nadie nos perdonará mañana si no lo hacemos ahora.

Tenemos frente a nosotros la posibilidad en este inicio de milenio de crear una nueva sociedad centrada en el ser humano. El **Centro Reformista** tiene la obligación de hacerlo y nosotros el desafío de liderarlo.

ANDRES PASTRANA ARANGO

Presidente